

Wolfgang Amadeus Mozart

(27 de enero de 1756, Salzburgo-5 de diciembre de 1791, Viena)

Indiscutiblemente uno de los más grandes genios que ha dado la humanidad. En homenaje a su obra y sumándonos a la conmemoración mundial por el 250 aniversario de su nacimiento, Universo de El Búho presenta una selección de sus cartas y de testimonios sobre él, tanto de personajes de su época como de contemporáneos nuestros, documentos poco conocidos por el gran público, con objeto de abrir una ventana hacia la eternidad de un artista que trascendió lo humano para convertirse en divino.

El Búho

Correspondencia privada de Mozart

Carta a su hermana

P.S.: Milán, 18 de diciembre de 1772.

Espero que te encuentres bien, mi querida hermana. Cuando recibas esta carta, querida hermana, esa misma noche, mi querida hermana, mi ópera se pondrá en escena. Piensa en mí, mi querida hermana, y haz todos los esfuerzos posibles, mi querida hermana, por figurarte que la ves y que la oyes, mi querida hermana. Es verdad que será difícil, puesto que son ya las once; si no fuera por eso, yo creo, sin duda alguna, que hay más luz en pleno día que en Pascua. Mi querida hermana, mañana cenamos en casa del señor von Mayer. ¿Y por qué? ¿Tú qué crees?... ¡Adivina!... Pues porque nos ha invitado.

El ensayo de mañana se hará en el teatro mismo. Pero el impresario, signor Castiglioni, me ha rogado que no se lo diga a nadie; de otro modo acudiría todo el mundo, y eso es lo que no queremos. Así es que, mi niña, te ruego que no se lo digas a nadie, mi niña, por miedo a que venga demasiada gente, niña mía.

Approposato, ¿conoces ya la aventura sucedida aquí?... Te la voy a contar. Hoy hemos salido de casa del conde Firmian para volver a la nuestra. Al llegar a nuestra calle hemos abierto la puerta de nuestra casa, y... ¿qué piensas que ocurrió?... ¡Que entramos!

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

WOLFGANG AMADEUS MOZART

¡Adiós, mi pulmón! Te abrazo, mi hígado, y soy, como siempre, estómago mío, tu indigno frater, hermano.

WOLFGANG

¡Oh!, por favor, te lo ruego, querida hermana, me pica..., ¡ráscame!

Carta al Arzobispo de Salzburgo.

Salzburgo, 1o. de agosto de 1777

A su Grandeza serenísima, el muy noble príncipe del Sacro Imperio Romano y muy gracioso soberano, mi señor.



Wolfgang Amadeus Mozart

¡Pueda yo no importunar a Vuestra Grandeza Serenísima al describirle con detalle nuestra triste situación! Mi padre se lo ha hecho conocer muy humildemente a Vuestra Grandeza Serenísima con todo honor y conciencia, con tal sinceridad, en una petición que le dirigió respetuosamente el 14 de marzo de este año. Pero como de ello no se ha seguido, por parte de Vuestra Grandeza Serenísima, la decisión favorable que tanto habíamos esperado, mi padre hubo de suplicar muy humildemente a Vuestra Grandeza Serenísima, en el mes de junio, que tuviera a bien autorizarnos a hacer un viaje durante algunos meses, con el fin de que nos permitiera de nuevo sacarnos de apuros, mientras no hubiera placido a Vuestra Grandeza Serenísima ordenar que la orquesta al completo estuviese puesta para el próximo paso de Su Majestad el Emperador. Más tarde, mi padre pidió muy humildemente este permiso; pero Vuestra Grandeza Serenísima se lo ha denegado, y se ha dignado expresar la opinión de que en cuanto a mí, en todo caso (que, por otra parte, tan sólo estoy a su servicio a medias), bien podría viajar solo. Nuestra situación es apremiante; así es que mi padre se decidió a dejarme ir solo. Pero también a esto Vuestra Grandeza Serenísima se dignó poner algunas objeciones. ¡Mi muy Gracioso Soberano, mi señor! Los padres se esfuerzan por situar a los hijos en condiciones de que puedan ganarse por sí mismos el pan; es su deber, en su propio interés y en el del Estado. Cuanto más talento hayan recibido de Dios esos hijos, tanto más están obligados a hacer uso de él, a fin de mejorar la situación de sus padres y la suya, de ayudar a sus padres y de proveer a su propio avance y su propio futuro. El Evangelio nos enseñó que hay que hacer valer los talentos recibidos. Y así es como, en conciencia, ante Dios, estoy obligado a dar testimonio, según mis fuerzas, de mi agradecimiento a mi padre, quien consagra, sin descanso, todas sus horas a mi educación. Debo aligerar su carga y trabajar en adelante para mí y para mi hermana, pues me enojaría haberla visto consagrar tantas horas al piano si de ello no pudiera conseguir un empleo útil.

Que Vuestra Grandeza Serenísima me permita, por tanto, que le solicite muy respetuosamente mi permiso. Pues me veo obligado a aprovechar el mes de otoño en

el que vamos a entrar para no ser interrumpido por los meses fríos de la mala estación, que inmediatamente le seguirán. Vuestra Grandeza Serenísima no se tomará a mal mi humilde ruego, ya que Ella se dignó decirme hace tres años, cuando le pedí permiso para hacer un viaje a Viena, que yo no tenía nada que esperar cerca de Ella y que mejor haría en buscar fortuna en otra parte. Agradezco a Vuestra Grandeza Serenísima con el más profundo respeto todos los altos favores que de Ella he recibido y, con la halagüeña esperanza de poderla servir, en mi edad madura, con mayor éxito que en el presente, me encomiendo a su alta benevolencia y gracia.

De Vuestra Grandeza Serenísima, mi muy gracioso príncipe y señor, su muy humilde y muy obediente servidor.

WOLFGANG AMADEUS MOZART

Carta a su padre

París, 9 de julio de 1778

Monsieur mon très cher père, (...) Los franceses son, y siguen siendo, unos verdaderos asnos: no saben hacer nada; necesitan que se lo hagan los extranjeros. Hablé con Piccini, en el Concert Spirituel.. Es muy amable conmigo, y yo lo soy con él... cuando nos encontramos así, por casualidad... Por lo demás no he hecho amistades... ni con él ni con otros compositores... Yo me dedico a lo mío... y ellos se dedican a lo suyo... Y eso basta. Ya le he dicho a usted que mi Sinfonía tuvo un éxito incomparable en el Concert Spirituel... Si consigo que me encarguen una ópera tendré bastantes preocupaciones... Pero no me importaría mucho, porque ya me he ido acostumbrando. ¡Si al menos esta maldita lengua no fuera tan abominable para la música! ¡Es una lástima!... El alemán, en comparación, es divino. Y luego, esos cantantes y esas cantantes... No habría que llamarlos así: si es que no cantan; chillan, aúllan... a pleno pulmón, por nariz y garganta (...)

Adiáu. Le beso 100.000 veces las manos, abrazo a mi hermana de todo corazón, y soy su hijo obedientísimo.

W.A.M.

Carta a su padre

París, 31 de julio de 1778

Monsieur mon très cher père, (...) Mr. Grimm me dijo

recientemente: «¿Qué debo escribirle a su padre?... ¿Qué partido tomará usted?, ¿se quedará aquí o se irá a Mannheim?...» Realmente no pude contener la risa... «¿Qué iría a hacer yo en Mannheim ahora?...; ¡si al menos no hubiera venido a París!... Pero ahora estoy aquí, y tengo que hacer cuanto pueda por que me salga bien... «Sí (dijo él), pero me parece difícil que pueda usted conseguir algo aquí... «¿Por qué?... Veo aquí una auténtica muchedumbre de miserables mastuerzos que triunfan, y ¿no iba a hacerlo yo con mi talento? (...) «Sí, pero me temo (dijo él) que usted no es lo suficientemente activo, aquí...; no se mueve usted lo suficiente de un sitio a otro». (...)

Lo que más me molesta de aquí es que estos necios de franceses creen que todavía tengo siete años, porque me vieron cuando tenía esa edad... Es exactamente así: Mme. d'Epinay me lo ha dicho con toda seriedad... Así es que me tratan aquí como a un principiante..., excepto las gentes de la musique, que piensan de otro modo; pero, por desgracia, ¡lo que cuenta es la mayoría!

Así pues, mi intención, desde ahora, es la de hacer todo lo posible para salir adelante aquí con alumnos, y ganar el mayor dinero posible... Ahora lo haré con la dulce esperanza de un pronto cambio de existencia; pues no quiero engañarle en esto, al contrario, le confieso que me alegraré de verme liberado de todo esto. Y es que no es ningún gusto dar lecciones aquí... Es bastante fatigoso, y si no se dan las suficientes no se consigue mucho dinero. No crea que se trata de pereza... ¡No!... Es que es algo totalmente opuesto a mi genio, a mi manera de vivir... Usted sabe que estoy, por decirlo así, totalmente sumergido en la musique..., que no hago otra cosa todo el día..., que me gusta pensar en ella, estudiarla..., entregarme de lleno... Pues bien, el tipo de vida que llevo aquí me impide hacerlo... A decir verdad, si tengo algunas horas libres..., esas horas me son más necesarias para reparar fuerzas que para trabajar.

Sobre el asunto de la ópera, ya le expresé mi forma de pensar en mi anterior carta.

No puedo pensar de otro modo: es preciso que escriba una gran ópera o ninguna. Si compongo una pequeña, ganaré poco (pues aquí, todo está gravado con impuestos). Y si además se da la desgracia de que no guste a estos

necios franceses, se acabó..., ya no me encargarán otra. Así que apenas habré ganado dinero y sí un gran perjuicio a mi reputación... Mientras que si escribo una gran ópera... las condiciones son mejores... estaré en mi terreno y a gusto... y tendré mis esperanzas de lograr el éxito..., ya que en una obra grande hay más ocasiones de hacerse honor a uno mismo. Le aseguro que si me encargan que componga una ópera, ¡no tendré ningún miedo! Es cierto que este idioma es obra del diablo... y comprendo todas las dificultades que todos los compositores han encontrado...; ¡pero no me importa!, me veo en condiciones de superar esa dificultad lo mismo que las otras.

... Au contraire, a menudo, cuando me imagino que todo va bien con mi ópera, siento un fuego en todo el cuerpo y me tiemblan las manos y los pies por el ardiente deseo que tengo de enseñarles a los franceses a conocer, a apreciar y a temer (cada día más) a los alemanes. ¿Por qué no se encarga a ningún francés que componga una gran ópera? ¿Por qué es preciso que se las den a los extranjeros? Lo más insostenible, en ese asunto, sería lo de los cantantes... ¡Bueno, estoy listo!... No entablaré ninguna discusión... Pero si me provocan, me sabré defender. Pero si todo se resuelve sin ningún duelo, lo preferiría... porque no me gusta pelearme con enanos.

W. A. M.

Carta a su padre

Viena, 9 de mayo de 1781

Mon très cher père!

¡Todavía estoy lleno de cólera!... y usted, mi excelente, mi queridísimo padre, lo estará sin duda conmigo... Se ha puesto a prueba mi paciencia durante tanto tiempo... Hasta que al final no ha podido más. Ya no tengo la desgracia de estar al servicio del soberano de Salzburgo... Hoy ha sido un día de felicidad para mí. Escuche.

Por dos veces ya, ese... no sé cómo debo llamarlo... me ha dicho a la cara las mayores tonterías e impertinencias, de tal calibre que no he querido escribirselas y así evitarle a usted el trago... y por tenerle siempre a usted ante los ojos, amado padre, no me he vengado allí mismo. Me ha llamado bribón, y disoluto... me ha dicho que me fuera al diablo... Y yo... lo he soportado todo. Me daba

cuenta de que no sólo era mi honor, sino también el de usted el que era herido... pero... usted lo quería así...: me callé... y ahora escuche...

Hace ocho días subió de improviso el mensajero y me dijo que me largara en aquel mismo instante... todos los demás habían sido avisados la víspera, solamente yo no... Así que recogí de prisa todas mis cosas en el cofre y... la anciana Madame Weber tuvo la amabilidad de ofrecerme su casa. Allí tengo una bonita habitación y estoy entre gentes serviciales, que están a mi disposición para todo aquello que a menudo se requiere rápidamente y que a uno le falta cuando vive solo (...)

Hoy, cuando me presenté allí, los ayudas de cámara me dijeron que el Arzobispo quería darme un paquete para que me lo llevara... Pregunté si era urgente. Me contestaron que sí, y de una gran importancia (...) Cuando me presenté ante él, lo primero que dijo fue: «Bueno, ¿cuándo se marcha este chico?» «Yo quería (le contesté) marcharme esta noche, pero no había ninguna plaza libre...». Entonces él siguió, de sopetón: ...que soy el mequetrefe más gandul que conocía...; que nadie le ha servido peor que yo...; que me aconseja que me vaya hoy mismo, de lo contrario escribirá para que me supriman el sueldo. Imposible que yo dijera una palabra: aquello crecía como un incendio... Yo escuchaba todo aquello con calma... Me ha mentido a la cara al hablar de 500 florines de sueldo... Me ha llamado canalla, piojoso, cretino... ¡Oh!, no podría contarle a usted todo. Por fin, como la sangre ya me hervía demasiado, le digo: «Entonces, ¿Su Alteza no está contento conmigo?» «¡Cómo! ¿Quiere amenazarme este cretino? ¡Ahí está la puerta! ¡Con semejante bribón no quiero volver a tener nada que ver!»... Para acabar, volví a intervenir: «¡Y yo con vos tampoco!» «¡Entonces, fuera!» Y yo, al retirarme: «Como quedamos así, mañana recibirá mi dimisión por escrito.»

Dígame, pues, amadísimo padre, si no lo dije más bien demasiado tarde que demasiado pronto... Ahora escuche... mi honor es para mí lo más importante, y sé que para usted es también así...

No se preocupe en absoluto por mí... Estoy tan seguro de mis asuntos de aquí que me hubiera marchado sin tener la menor razón...

Ahora que ya tengo una razón, y hasta tres..., ya no tengo nada que ganar esperando. Au contraire, he sido por dos veces un simple cobarde... ¡ya no podía serlo una tercera vez!

Mientras el Arzobispo esté aquí, no daré ningún concierto... La creencia que usted tiene de que así quedo mal con la nobleza y con el mismo Emperador es radicalmente errónea...

Aquí el Arzobispo es odiado, sobre todo por el Emperador –precisamente una de las razones de su cólera es que el Emperador no le haya invitado a Luxemburgo-. Le enviaré a usted algún dinero con el próximo correo, y así se convencerá de que aquí no me muero de hambre. Por lo demás, le ruego que esté contento..., porque es ahora cuando comienza mi fortuna, y espero que mi fortuna será también la suya... Escribame, en clave, que está usted satisfecho de todo ello –y ciertamente puede estarlo–, pero aparente que me riñe usted severamente, de modo que no pueda reprocharle a usted nada... (...)

No me envíe usted más cartas a la Deutsches Haus, ni paquetes... No quiero saber nada de Salzburgo... Odio al Arzobispo hasta el frenesí. Adieu... Le beso 1.000 veces las manos, abrazo a mi querida hermana de todo corazón y soy para siempre su hijo obedientísimo.

WOLFGANG AMADEUS MOZART

Carta a su padre

Viena, 13 de octubre de 1781

Mon très cher père!

(...) En una ópera, es absolutamente necesario que la poesía sea hija obediente de la música... ¿Por qué, pues, las óperas bufas italianas gustan tanto en todas partes... con todo lo que contienen de miserable sus libretos? E incluso en París... yo mismo he sido testigo de ello. La razón es que la música reina en ellas sin discusión... y entonces se olvida todo el resto.

Sí, una ópera debe gustar en la medida en que el plan de la obra haya sido mejor construido; que las palabras hayan sido escritas por la música, y que uno no se encuentre aquí y allá palabras introducidas para satisfacer a una funesta rima (cualesquiera que sean, ¡por Dios!, las rimas

no añaden nada al mérito de una representación teatral, sino que más bien la estropean)..., o incluso estrofas enteras que destrozan toda la idea del compositor. Los versos están bien, para la música son algo indispensable..., pero las rimas... las rimas son lo más perjudicial... Quienes acometen su obra con tanta pedantería, se hundirán siempre a sí mismos y a su música. Lo mejor es cuando un buen compositor, que comprende lo que es el teatro y que es capaz de sugerir ideas él mismo, se encuentra con un poeta juicioso, con un verdadero fénix... ¡Entonces es cuando no hay que inquietarse de la opinión de los ignorantes! Los poetas me hacen un poco el efecto de las trompetas, con su oficio rimbombante... Si nosotros, los compositores, quisiéramos seguir con tanta fidelidad nuestras reglas (que en otros tiempos eran tan buenas, cuando no sabíamos nada de ellas), haríamos una música tan mediocre como mediocres son sus libretos.

Por ahora ya le he entretenido suficientemente, me parece a mí, con mis naderías; tengo que informarme de lo que me es más querido, o sea de su salud, excelente padre mío. (...)

Espero que mi hermana se vaya encontrando cada día mejor... La abrazo de todo corazón, y a usted, mi querido y excelente padre, le beso mil veces las manos, suyo para siempre, vuestro muy obediente hijo.

W. A. M.

Carta a M. Puchberg

Viena, abril de 1790

Como, una vez más, y la última, estoy aquí en el momento más crítico de todos, que debe decidir todo mi porvenir, recorro de nuevo a usted, lleno de confianza en esa amistad y ese afecto de hermano que usted me depara, para que venga en mi ayuda en la medida de su poder.

Usted sabe cómo es mi actual situación, si se conociera, me perjudicaría en mis gestiones ante la Corte...; de qué modo es necesario que permanezca en el secreto. Pues se juzga en la Corte, no según las circunstancias, sino únicamente, por desgracia, según las apariencias. Usted sabe, por otra parte, y de seguro que está persuadido de ello, que si, como ahora puedo esperar formalmen-

te, tengo éxito en mis aspiraciones, usted no habrá perdido absolutamente nada... ¡Con qué placer satisfaré entonces todas mis deudas con usted!... ¡Con qué placer os daré entonces las gracias!... ¡sin dejar por ello de sentirme en deuda con usted de por vida!... ¡Qué agradable impresión una vez que por fin alcance el objetivo perseguido!... ¡Qué divina impresión si me he visto ayudado en ello!... Mis lágrimas me impiden dejar terminada esa escena... En una palabra, toda mi felicidad futura está en sus manos... Obre según se lo dicte su noble corazón..., haga lo que pueda, y piense que lo hace por un hombre leal y agradecido para siempre, al que su situación hace más desgraciado a causa de usted que a causa de sí mismo.

M.

Carta a su mujer

Viena, miércoles 6 de julio de 1791

¡Queridísima y amadísima mujercita! He recibido con indescriptible placer la noticia de la recepción del dinero... No me puedo acordar, sin embargo, de haberte escrito que emplearas «todo» en saldar deudas. ¿Cómo lo iba a haber escrito si soy una criatura razonable?... Si lo he hecho... ¡tenía que estar muy distraído! Lo que, por otra parte, es muy posible, por la de cosas importantes que tengo en la cabeza. Mi idea se refería solamente a los baños..., el resto es para tu uso cotidiano... y lo que aún quede por pagar, como ya tengo hecha la cuenta, lo haré efectivo yo mismo a mi llegada (...).

No es una vida nada agradable. ¡Paciencia! Ya mejorará..., y entonces reposaré en tus brazos (...)

Ahora no me puedes proporcionar mayor satisfacción que estando contenta y alegre... ¡pues si tan sólo «yo sé con certeza» que nada «te» falta... todos mis males me resultan queridos y agradables!... Ya sé que la más fastidiosa y complicada situación en la que pueda encontrarme me parecerá una bagatela con simplemente saber que «tú estás contenta y alegre».

Y ahora, que te vaya bien... disfruta de tus bufones de mesa... ¡piensa y habla a menudo de mí!...; quíereme siempre como yo te quiero, y sé por siempre mi Stanzi Marini, como yo seré por siempre tu

Stu! Knaller paller
 Schnip –Schnap– Schnur
 Schnepeperl
 Snai

Dale una torta a N.N., y le dices que era para matar una mosca que he visto que se posaba (en su mejilla). Adieu... ¡Cuidado! ¡Cógelos!, muá..., muá..., muá... ¡Tres besitos, dulces como el azúcar, se van volando desde aquí!

MOZART

Carta a su mujer

Viena, 7 de julio de 1791

¡Queridísima y amadísima mujercita! Ya me perdonarás no recibir esta vez más que una sola carta mía. La razón es: he de coger al vuelo a un tal N.N. y no dejarle escapar.. Todos los días, desde las 7 de la mañana estoy ya en su casa.

Espero, además, que hayas recibido puntualmente mi carta de ayer (...) Ahora tan sólo deseo una cosa: tener arreglados mis asuntos, para poder estar otra vez contigo. No puedes imaginarte lo largo que se me ha hecho el tiempo, tanto tiempo lejos de ti... No puedo explicarte mi sensación: es una especie de vacío... que me hace mucho daño, una cierta ansia que no se ve nunca satisfecha y, por tanto, nunca cesa..., que dura siempre y que incluso crece día a día. Cuando pienso con qué alegría infantil hemos pasado el tiempo juntos en Baden... y qué tristes y aburridas horas vivo aquí... Hasta mi trabajo deja de alegrarme, ya que me había acostumbrado a levantarme de vez en cuando para charlar un ratito contigo y esa satisfacción me resulta, por desgracia, imposible... Si me pongo al piano y canto alguna cosa de mi ópera, tengo que pararme enseguida...; ¡mis sentimientos son demasiado fuertes! ¡Basta!... ¡Si llega una hora en que este asunto se acabe, en la hora siguiente ya no estaría aquí!

No tengo nada nuevo que escribirte (...) Adieu, queridísima mujercita. Hasta siempre, tu

MOZART

Testimonios sobre Mozart

De su hermana, Baronesa Sonnenburg (1793)

El joven Mozart era un maestro consumado en cuanto se sentaba al piano. Ante la música más complicada era capaz de localizar la más pequeña disonancia y decía inmediatamente qué instrumento había cometido la falta, e incluso qué nota hubiera tenido que dar. Durante una ejecución musical, se irritaba al producirse el menor ruido. En una palabra, mientras durase la música él era todo música; en cuanto acababa, reaparecía el niño. Nunca era preciso obligarle a que compusiera o que tocara; al contrario, siempre había que distraerle de ello. De otro modo, hubiera sido capaz de estar día y noche sentado al piano componiendo.

De niño quería aprender todo lo que veía. Mostraba grandes aptitudes para el dibujo y el cálculo, pero estaba demasiado absorbido por la música como para poder manifestar un talento en cualquier otro campo.

Wolfgang era pequeño, delgado, de tez pálida y absolutamente carente de pretensión en su fisonomía y cuerpo. Salvo en la música, nunca dejó de ser un niño, y ése es el rasgo principal de su carácter por su lado de sombra. Hubiera necesitado siempre de un padre, de una madre o de un mentor. Era incapaz de administrar su dinero, se casó contra la voluntad de su padre con una joven que no le convenía; ésa fue la causa de un gran desorden doméstico en el momento de su muerte y después de la misma.

MARÍA ANNA MOZART

De Andreas Schachtner, trompeta de la Corte de Salzburgo y amigo de Leopoldo Mozart, en una carta a su hermana María Anna

Muy alta y noble dama,

Su muy agradable carta me llegó no a Salzburgo, sino a Hammerau, donde me hallaba visitando a mi hijo, empleado de la administración superior de esta localidad. (...)

Respecto a su pregunta de cuáles eran los juegos preferidos del señor vuestro difunto hermano en su juventud, independientemente de su dedicación a la música, no hay nada que responder: en efecto, desde que empezó a entregarse a la música, todos sus sentidos quedaron como muertos ante toda otra ocupación, e incluso cualquier

niñería o juguete tenía que estar, para que le interesase, acompañada de música. (...)

Señora, sin duda se acuerda usted de que yo tenía un violín muy bueno que el difunto Wolfgangerl llamaba siempre violín de mantequilla, porque tenía un sonido suave y redondo. Un día, poco después de que usted retornara de Viena (al principio de 1763), tocó un poco con él y se deshizo en elogios para con mi violín; un día o dos más tarde, fui a verle y le encontré entretenido con su propio violín; al verme me dijo: «¿Qué tal le va a su violín de mantequilla?» Luego siguió rascando a su antojo y, por fin, tras cavilar un instante, me dijo: «Señor Schachtner, su violín está afinado medio cuarto de tono más bajo que el mío, o al menos lo estaba la última vez que toqué con él.» Mi primera reacción fue reírme, pero su papá, que conocía la extraordinaria sensibilidad y la memoria musical de su hijo, me rogó que fuera a buscar mi violín y comprobara si tenía razón. Así lo hice, y así era exactamente.

Algún tiempo antes, en los primeros días de su retorno a Viena, de donde Wolfgang había traído un pequeño violín que le habían regalado, el difunto señor Wenzl, que era entonces nuestro excelente violinista y que debutaba como compositor, trajo seis tríos que había hecho durante la ausencia de vuestro señor papá y rogó a vuestro señor papá que le diera su opinión sobre ellos. Tocamos aquellos tríos, y su papá tocó la base con la viola, el señor Wenzl el primer violín, y yo toqué el segundo. Wolfgangerl pidió tocar él el segundo violín, pero el papá rechazó su petición caprichosa, ya que no tenía aún la menor noción de violín, y el papá creía que no era en absoluto capaz de tocar aquello. Wolfgang dijo: «Para tocar el segundo violín, no hace falta haber aprendido.» Y como el papá le ordenase que se fuera y no nos molestase más, Wolfgang se puso a llorar amargamente y se fue pasito a paso con su violín. Yo pedí que le dejaran tocar conmigo, y finalmente el papá dijo: «Toca con el señor Schachtner, pero tan suave que no se te oiga. ¡Si no, te irás fuera!» Así se hizo, y Wolfgang tocó conmigo. No tardé en darme cuenta con asombro que yo estaba totalmente de más, así que posé mi violín y miré a vuestro señor padre; durante esta escena, las lágrimas de la admiración y de la esperanza brotaban de sus ojos; y

tocó así los seis tríos. Cuando terminamos, nuestros elogios infundieron tal audacia en Wolfgang que pretendió tocar el primer violín. Hicimos la prueba por divertirnos, y creímos morir de risa viéndole tocar toda la pieza, con posturas incorrectas y torpes, pero sin quedarse apurado en ninguna ocasión.

Para acabar, mencionaré la sensibilidad y fineza de su oído.

Casi hasta que tuvo diez años experimentó un pavor irracional ante la trompeta, cuando ésta se tocaba sola, sin otro acompañamiento musical: bastaba con mostrarle una trompeta para que reaccionara como si se le estuviese apuntando con pistola cargada. El papá quiso librarle de ese terror infantil y un día me dijo que tocara muy cerca de él, a pesar de su rechazo; pero, ¡Dios mío!, no debí obedecerle. Apenas hubo Wolfgang percibido el clamoroso timbre cuando se puso pálido, comenzó a desvanecerse y, si yo hubiera continuado, hasta habría experimentado convulsiones (...).

Señora,

su muy devoto servidor, Andreas Schachtner, trompeta de la corte principesca.

Salzburgo, 27 de abril de 1792

Hablan de Mozart

Hay que despojar a la música de todo aparato científico. La música debe buscar humildemente agradar, hay quizás una gran belleza posible en estos límites. La extrema complicación es lo contrario del arte. Es preciso que la belleza sea sensible, que nos procure un gozo inmediato, que se imponga o se insinúe en nosotros sin que tengamos que hacer esfuerzo alguno para hacerla nuestra. ¡Ved a Leonardo da Vinci, ved a Mozart! ¡He ahí a unos grandes artistas!

CLAUDE DEBUSSY,
Monsieur Croche

Allí donde este último (Beethoven) es oscuro y parece carecer de unidad, lo que está en cuestión no es una pretendida originalidad un tanto salvaje, y a la que se hace honor; lo que hace es dar la espalda a principios eternos. Mozart,

nunca. Cada una de las partes tiene su discurrir, lo que, en concordancia con las restantes, forma un cántico y lo sigue perfectamente; es el contrapunto, punto contrapunto.

Mozart visto por Chopin,

en el Journal de Eugène Delacroix

No solamente Mozart ha llevado la melodía a su nivel más alto, sino que además puede decirse que con él la misma ha alcanzado un perfeccionamiento clásico, o una expresión histórica definitiva, cuya superación, después de él, se ha sentido como algo irrealizable. Al contrario, habría que encaminarse lentamente hacia una destrucción del orden melódico total. (...)

Esta situación es, sin duda alguna, intolerable para aquellos que tienen la voluntad de asumir en su totalidad la vida creativa de su época. ¿Acaso no nos vemos tentados a veces a volvernos hacia la belleza mozartiana, como en una nostalgia de la que sabemos que no es otra cosa que un enternecernos a nosotros mismos? He ahí la dureza y la paradoja de este mundo contemporáneo que, para nosotros los músicos, reclama y quisiera rechazar al mismo tiempo la belleza del mundo de Mozart. (...)

Sí, Mozart, con su divinidad, su suavidad, nos ha donado su belleza; pero, en nuestro mundo contemporáneo, con nuestro desgarramiento, ¿qué podemos hacer con esa belleza? ¿A cambio de qué esa belleza? ¿Para qué nos es útil y por qué no le pedimos que nos devuelva, de modo retrospectivo, nuestra crueldad? Sería un intercambio de una honestidad totalmente decente en el plano histórico. No sabemos qué hacer con esa belleza; él no sabría que hacer con nuestra crueldad, que no conocía.

Quizá tan sólo seamos meros «partidos», «ocultos bajo la tierra como las larvas o los topos»; acaso, efectivamente, «un día... dentro de diez mil años», los dos conflictos, los dos errores, las dos imposibilidades, o más bien los dos posibles, pudieran unirse en un mismo cántico que sería quizá el último... o quizá el de siempre. ¿O bien el comendador nos ha hundido en el abismo con Don Juan para toda la eternidad?

¿Qué habrá de hacerse con la honestidad, con la moral, donde todo es objeto de intercambio, donde uno le da al otro lo que ha arrebatado a un tercero, donde el creador, heredero de una belleza, crea otra belleza para dársela a otro o a otros a quienes nada les importa de ella?

No queda ya ninguna moral, ninguna posibilidad de fraternización, de comunicación con el prójimo; tan sólo esa belleza inmanente -que representa la obra de Mozart, casi inaprensible, sobre todo irracional, puede darse en una especie de sentido de la eternidad.

¿Por qué no habríamos de tener la valentía, la voluntad, el rigor, de insultar a la belleza cuando ya no sabemos crearla... ni siquiera imaginarla..., puesto que sabemos (porque lo hemos querido así) que el creador es a la vez el ladrón y el delator, y que la aventura estética es ante todo esoterismo y hermetismo.

Jean Barraqué

Mozart, genios y realidades

Mozart, considerado desde una perspectiva filosófica, es aún más asombroso que como autor de obras sublimes. Nunca el azar ha presentado tan al desnudo, por así decirlo, el alma de un hombre genial. El cuerpo contaba lo menos posible en aquel asombroso conjunto llamado Mozart, y que los italianos llaman hoy quel mostro d'ingegno.

Stendhal,

Carta sobre Mozart,

Monticello, 29 de agosto de 1814

Cuando Mozart es alegre, no deja nunca de ser noble; no se trata de un bon vivant, de un simple epicúreo brillante como Rossini; no se burla en absoluto de sus sentimientos; no se contenta con la alegría vulgar; demuestra una finura suprema en su gozo; si llega a ello es por intervalos, porque su alma es flexible y porque es un gran artista, del mismo modo que en un instrumento completo no falta ninguna cuerda.

Pero su fondo es el del amor absoluto por la belleza lograda y feliz. 🐾